

notable, reconocido especialmente por los misioneros que alaban la habilidad con que aprenden los cantos religiosos. Lo mismo que los bosquimanos, usan como instrumentos músicos el gom-gom ó la gora, acerca de la cual dice Kolb que tres ó cuatro de estos instrumentos armónicamente tocados «producen una música suave y agradable que, en vez de atolondrar con sonidos demasiado agudos, recrea deliciosamente el oído.» Su esperanza de que «con el tiempo este instrumento podrá ser perfeccionado» no se ha realizado, pues el gom-gom de hoy es el mismo que aquel autor nos ha descrito y dibujado. Además de este instrumento, usan tambores sencillísimos que consisten en un cacharro de tierra y en una piel tirante colocada encima: tócanlos generalmente las mujeres, al paso que el gom-gom lo tocan los hombres. Kolb manifiesta algunas dudas sobre si el gom-gom es originariamente hotentote, ó si fué importado á aquel país por «esclavos de otros territorios» (de la colonia del Cabo), pues unos y otros lo poseen y le dan el mismo nombre. También se encuentra en otros pueblos africanos.

El arte médico tiene cierta importancia entre los hotentotes, pues éstos no confían tanto como otros pueblos africanos á la hechicería la curación de los males corporales: creen de suma eficacia la evacuación de sangre que consiguen ó por el sistema de la escarificación, chupando por medio de un cuerno aplicado á un sitio del cuerpo cuya epidermis ha sido cortada, ó bien por medio de una verdadera sangría con sus ligaduras correspondientes. La amputación de una falange, á que vienen en ciertas circunstancias obligadas las mujeres (véase pag. 94) la hacen con gran habilidad por medio de ligaduras. Las unturas de grasa, que además usan generalmente como cosmético, las emplean, junto con la dilatación y masaje de los miembros, en las luxaciones y en otras enfermedades análogas. Como á remedios internos usan, según Kolb, el jugo laxante del aloe, «los polvos y pócimas de hojas de salvia silvestre, buchú, ajo silvestre, jinojo silvestre, higuera silvestre y sus hojas, y otros muchos vegetales cuyas composiciones varían al infinito.» El propio autor refiere que como contraveneno del de las flechas beben el veneno de las serpientes. Esto no obstante, más que el uso de estos remedios naturales gústales, en caso de enfermedad grave, llamar al hechicero que es, al propio tiempo, el mejor conocedor y preparador de aquellas medicinas. Antes de proceder á la manipulación de éstas, practica el antiguo uso del «hacer otro» para lo cual mata una oveja cuyo redaño salpicado con buchú y retorcido en forma de cuerda, coloca alrededor del cuello y de las espaldas del enfermo, el cual ha de llevarlo, tanto si se cura como si no, hasta que se le cae. La carne de la oveja la comen los hombres ó las mujeres según que el enfermo sea varón ó hembra. Cuando la enfermedad es larga ó cuando hay un peligro inminente, el propio hechicero procura conocer las probabilidades de curación, despellando viva á una oveja: si ésta, después de esa operación, echa á correr, la curación es probable; en el caso contrario, es segura la muerte. El hechicero tiene que presentar sus pruebas. Además del remedio, que consiste en tomar el veneno de la serpiente, una de las exigencias de los médicos de serpientes de los namas consiste en voltear el cuerpo desnudo en un sitio poblado de alacranes: cuanto menos daño le hacen las picadas de estos, tanto más favorablemente es calificado el mal.

Al lado de las parteras suele haber por regla general, entre los hotentotes, una mujer anciana que conoce todo lo que en tales casos se necesita. Desde el punto en que em-

piezan los dolores del parto, el hombre ha de abandonar la cabaña y si regresa á ella antes de tiempo tiene que «hacerse otro» matando dos ovejas y regalándolas. Lo propio debe hacerse cuando nace un niño muerto, pues esto es causa de gran tristeza. Los recién nacidos sanos son untados con excrementos de vaca y luego ungidos con grasa y empolvados con buchú; todo esto — según afirman — para darles flexibilidad y vigor. Si el recién nacido es un niño, los hotentotes acomodados matan algunos bueyes; si es una niña, se limitan á matar ovejas, ó no matan nada. El abandono de los niños enfermos ó de los gemelos, cuando estos son hembras, parece fuera de toda duda; lo que no está confirmado es la aseveración que hace Kolb de que los atan vivos á los árboles y allí los dejan perecer. La placenta es enterrada, por miedo á la hechicería, junto con toda la sangre: la ligadura del cordón umbilical se hace con un tendón. Después del parto, el hombre y la mujer han de purificarse con excrementos de vaca, grasa y buchú. El marido, cuando vuelve al lado de su mujer, debe, según Kolb, fumar dacha hasta emborracharse. La madre lleva al recién nacido en las espaldas sujeto por una piel de cordero, cuyas patas traseras y delanteras se ata respectivamente á la cintura y al cuello: allí pasa el pequeñuelo, caliente y abrigado, los primeros meses de su vida y por regla general no necesita cambiar de posición para mamar, pues la madre se encuentra muy pronto en estado de poderle dar el pecho por debajo del brazo. El niño clava, cual si fueran garras, sus manecitas en el materno pecho y lo chupa como si fuera un limón. Esta manera de llevar los chiquillos no se hace muy pesada á la madre, gracias á la almohada de grasa de sus nalgas, que viene á ser una especie de pedestal de apoyo.

Apenas los niños pueden andar solos, úntase su piel con manteca ó con un unguento de buchú, al parecer para preservarles de la acción de los rayos solares; y si la familia habita junto á un río ó á algún manantial abundante, los lava por la tarde. Cuando esto no puede ser, como sucede en muchos casos, aquellas criaturitas van perdiendo, según expresión de un buen observador, gracias á las costras de polvo que se van depositando sobre su piel, su forma humana, y se parecen más á un babuino afeitado que á un hombre. Los namaquias no sienten hacia el agua la repulsión que otros pueblos africanos, de suerte que los habitantes de todo kral situado cerca de un río ó de una corriente profunda, son aficionados á la natación, luciendo en el agua sus habilidades las mujeres y las muchachas. Su educación tiende principalmente al desarrollo de las fuerzas corporales, pues los jóvenes se ejercitan entre los rebaños á saltar, correr, andar sobre las manos, etc., siendo una prueba de fuerza el poder montar á la carrera un toro joven, en cuya nariz se introduce un clavo, al cual va sujeta una correa que hace las veces de riendas. Un simple kaross, atado con una cincha, sirve de silla. El arte de rastrear, en el cual tanto talento muestran los namas, se enseña desde edad muy temprana á los niños que acompañan á sus padres en sus cacerías.

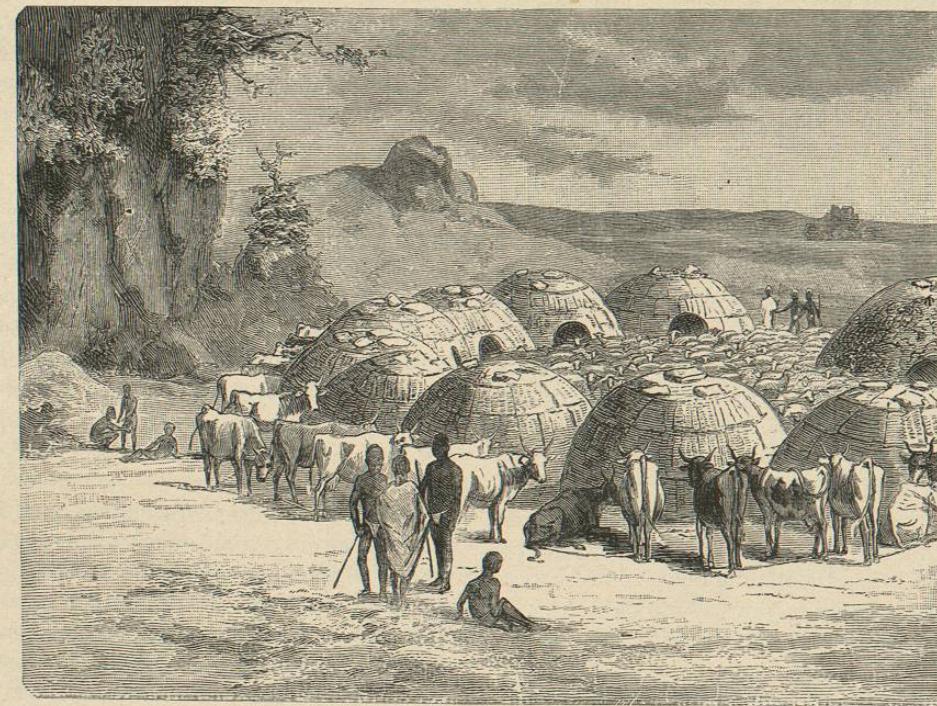
Durante el período que media entre los ocho ó nueve años y la edad viril, se corta al niño el testículo izquierdo, con cuya operación queda el niño ó el adolescente considerado ya como hombre. Algunos pretenden que el miedo que tienen las hotentotas á los partos dobles es causa de esta costumbre, que entre los antiguos hotentotes se hacía con grandes ceremonias, según afirman Kolb y otros autores. Es de todo punto inexacta la afirmación por algunos hecha de que los hotentotes no dan nombre á sus hijos: á los varones se les designa con preferencia con nombres de animales, como hacquá (caballo), gammán (león), etc.

Los matrimonios se efectúan en edad tan temprana que

los padres son los que los preparan y los que de ellos cuidan: su rasgo característico es, como en todos los pueblos del Sud de África, la compra sin ambago alguno, precedida por la demanda que formulan los padres del novio ante los de la muchacha por éste escogida y ante ésta misma. Si la contestación es favorable, los primeros se presentan, pocos días después, en el kral donde habita la novia, llevando consigo los bueyes destinados al banquete de bodas que son muertos y sirven para preparar la comida, que es base de toda la ceremonia. Los antiguos observadores hablan de algunas ceremonias sucias que recuerdan el «hacer otro» que sigue á una caza afortunada (véase pag. 104); los modernos nada dicen, sin embargo, respecto de este particular. Una de las cosas más raras en tales fiestas, es que no figuran en ellas

los cantos ni las danzas. Respecto del número de mujeres está limitado por la posibilidad de mantenerlas; por esto dice acertadamente Böving: «La poligamia está entre ellos tolerada, de suerte que cualquiera puede tener tantas mujeres como le sea dado mantener; pero como la mayor parte de aquella gente es pobre, sólo son polígamos los que tienen muchas reses, es decir los más ricos.» Los matrimonios entre parientes están prohibidos hasta los primos hermanos. El único heredero de sus padres es el primogénito varón.

Los padres tratan á sus hijos bondadosa y hasta cariñosamente, á pesar de lo cual debe considerarse como exagerada la especie de que aquéllos se alegran cuando estos son tan fuertes que les muelen á palos. La conducta observada por los hijos con sus padres débiles y ancianos no es tan



Un kral ó aldea, de los hotentotes (según Kolb).

brutal como algunos han descrito, puesto que también en este concepto están los hotentotes por encima de los bosquimanos, siendo muy contados los casos en que abandonan á estos infelices cuando no pueden por sí mismos proporcionarse el necesario sustento: si alguna vez acontece así, es en caso de fuga ante los ataques de un enemigo ó de las fieras, ó yendo de viaje cuando escasean las provisiones; en estas circunstancias, se comprende que el sentimiento natural de la propia defensa se sobreponga á los nobles impulsos de la compasión y del amor filial. En cambio, existen, por otro lado, confirmados por datos fidedignos varios ejemplos de hijos que conservan cariñoso recuerdo de sus padres, dando de ello especiales muestras por la manera cuidadosa con que proceden á darles sepultura.

Para acallar las lamentaciones en que prorrumpen todos los asistentes cuando alguien exhala el postrer suspiro, el hijo mata un macho cabrío, con cuya sangre untan el cadáver, después de lo cual este es doblado (según antiguas narraciones «en la misma posición en que está sentado ó echado el feto en el seno materno»), atado con correas y cosido entre esteras y pieles. La tumba se cava en la mismá forma que entre nosotros, si bien en una de sus paredes laterales se practica un nicho que constituye el sitio en que propiamente es colocado el muerto y que, una vez éste introducido en él, se tapa con planchas de piedra, palos y ramaje. Luego vuelve á arrojarse á la tumba la tierra que de

ella se ha sacado y se construye sobre la misma una colina de piedras, para evitar que las hienas devoren el cadáver. La excavación de estas tumbas y sobre todo la ceremonia total del entierro, constituye uno de los trabajos más difíciles á que se somete el hotentote, y en realidad no deja de ser importante dada la imperfección de los instrumentos que poseen. Algunas veces, los sobrevivientes parecen contentarse con una hendidura de alguna roca ó con una caverna. Para sacar el cadáver de la cabaña, no se pasa por la puerta habitual, sino que se abre para este solo objeto una especial en el lado opuesto á aquella. Según Kolb, los hotentotes del Cabo seguían lamentándose aun después del entierro á menudo durante ocho días y todo el kral acompañaba al cadáver. El propio autor describe un «hacerse otro» ó purificación, en la cual desempeñaban el principal papel la rociadura con orines humanos, la ceniza del hogar del difunto y los excrementos de vaca. Dice también que después de todas estas ceremonias, los parientes mataban solemnemente algunos animales y se colgaban del cuello los redaños de los mismos en señal de tristeza, hecho lo cual todo el kral desmontaba sus chozas y se dirigía á otro lugar, quedando sólo en aquel la cabaña del difunto que no se tocaba «por miedo de que éste resucitara para contemplar su casa y cuantos objetos dentro de ella había, y por miedo de que si se la llevaban y la colocaban entre otras, se apareciera aquél para mortificarles, atormentarles y martirizarles,

pues es imposible pintar el miedo que tenían á los fantasmas, hasta el punto de que para hacerles abandonar un lugar sólo se necesita hacerles creer que los espectros vagan por él, fascinando á los «hombres, etc.»

El escrupuloso sistema de enterramientos que encontramos entre los hotentotes y las ceremonias con que aquellos se verifican y que arraigan en la creencia de la reaparición de los espíritus de los difuntos, constituyen indudablemente el paso de las ideas de estos pueblos á un terreno espiritual, ofreciéndonos una prueba de ello la mencionada superstición de los hechizos. Lo único que ofrece duda es el grado de intensidad de la luz que ilumina esta parte de su existencia. En este concepto, es de notar que ya antiguos observadores les atribuyen casi unánimemente una religión, sea ésta cual fuere, y por poco favorables que se muestren aquéllos en sus juicios acerca del modo de ser moral y espiritual de los tales pueblos. I. W. Vogel, en su «Descripción de un viaje á las Indias orientales,» ha expresado en pocas y claras palabras lo que los modernos exploradores no han podido menos de confirmar. Dice así: «Poco ó nada saben los hotentotes de Dios ni del conocimiento del mismo, pero existen indicios de que veneran á la luna, pues á cada novilunio se reúnen, prorrumpan en gritos, arman un ruido infernal durante toda la noche y bailan formando una rueda y batiendo palmas. Algunas veces se les encuentra en oscuras y sombrías cavernas, en donde baten también las manos y murmuran algo que ningún europeo ha logrado entender.» Kolb ha ido más allá, pues en su obra *Caput Bonae Spei Hodiernum* (1719) dice que los hotentotes no pueden, en manera alguna, ser confundidos con los cafres, pues «conocen á Dios y saben que existe» al paso que de los cafres, como su nombre lo indica, no puede decirse otro tanto. Esta cuestión la trata Kolb, también, como conocedor profundo, pues no sólo sabe por haberlo oído decir en los propios pueblos que éstos llaman á la luna su «gran capitán», es decir el Señor, sino que observó las danzas á que durante noches enteras se entregan á cada novilunio y plenilunio y les oyó exclamar, mirando á la luna, «sé benévola, haz que yo obtenga mucha miel; haz que nuestros rebaños tengan mucha hierba que comer y que produzcan mucha leche» etc. etc. Si se les pregunta acerca del modo de ser de este Señor, contestan que sólo les ha hecho bien y que por lo tanto no le temen: «en cambio hay otro capitán menos poderoso, de quien algunos han aprendido á hechizar, que nunca les hace bien sino siempre mal y á quien han de temer, honrar y servir.» Al primer capitán, es decir al bueno, le dan el nombre de Gounia y al otro, al malo, le denominan Touquo. Como se comprenderá, esta circunstancia de poner uno enfrente de otro esos dos principios, el bueno y el malo, hace desde luego sospechar que este capítulo de la teología hotentota sea un fragmento de cristianismo «en ella introducido», sospecha que toma cuerpo cuando oímos la descripción de este espíritu malo que Kolb oyó de labios de un hotentote: el referido espíritu es de cuerpo repugnante y cubierto enteramente de pelos, con cabeza y pies de caballo y viste un traje blanco, con lo cual se produce una mezcla de diablo y de ángel. Añade el referido autor que los hotentotes agradecen y veneran más al «mal capitán» que al bueno, y habiéndoles preguntado la razón de ello le contestaron, que no la sabían, pero que sus antepasados les habían referido que ellos habían gravemente pecado contra el gran capitán, el cual les había de tal manera endurecido los corazones que ya no podían reconocerlo ni venerarlo. Kolb presume que esto tiene cierta semejanza con el dogma del pecado de los judíos y cristianos, presunción que

sólo le sirve para fundar su tesis favorita de que los hotentotes descienden de los judíos. Por el propio autor sabemos por vez primera que este pueblo adora á un escarabajo verde, delgado y del tamaño de medio dedo, parecido á nuestro lucano, en honor del cual, cuando vuela por un kral, se matan ovejas (véase en la pág. 94 el mito de las langostas de los bosquimanos): á él debemos asimismo la noticia de los «lugares sagrados» — ora colinas ora espacios llanos — en los cuales danzan ó cantan en conmemoración de algún feliz acontecimiento en ellos acaecido.

De estos datos, algunos han sido confirmados por los modernos exploradores, aunque en muy distinto sentido del que les da aquel antiguo narrador de la vida y costumbres de los hotentotes. Parece completamente cierto que algunos círculos legendarios, desfigurados y entre sí confundidos hasta el punto de hacerse desconocidos, se agrupan alrededor de algunas formas que á su vez son combinadas con la luna, venerada como dios, y que, junto con la oscura idea de Dios, tienen muchos puntos de contacto con los semidioses ó santos de otras religiones. Nadie ha conseguido, sin embargo, sacar de toda esta confusión un sistema que en realidad no existe. Lo que se concibe ora como Dios, ora como principio malo á él opuesto con los nombres de Touquo, Tsui-Goab (omitimos un sonido paladeal castañeteado que se pronuncia antes de la palabra Goab), Thuike y otros, es en realidad un héroe nacional hotentote y al propio tiempo un centro espiritual á cuyo alrededor se agrupan las más distintas leyendas é imágenes, cual si se tratara de una alta personificación sustraída á las antiquísimas bajezas de la vida. No se sabe con toda seguridad cuál sea el origen del nombre que tienen los hotentotes para expresar la idea de Dios: los misioneros han encontrado varias formas del mismo en los distintos dialectos, tales como Thuike y Tikoa (en el Cabo), Tsuiwap (entre los namaquas), y Tshukoap (entre los koras). La palabra con que los cafres designan á Dios, Tio y Tillo, deriva seguramente de aquéllas: este origen extranjero está corroborado por muchos indicios; también parece tener una relación con ellas la palabra correspondiente de los bosquimanos, Tuiko (1). Bleek y Büttner califican de esencialmente oscura la etimología del nombre. La significación de «rodilla supurante» que le dan los hotentotes se apoya en una etimología popular. De todas suertes, es general el convencimiento de que el sentido de aquella palabra no se presenta en manera alguna claro, pues desde el momento en que los hotentotes, como otros muchos africanos, invocan á sus antepasados en cualquier apuro en que se encuentren, no constituye prueba alguna de la naturaleza divina de este Tsui-Goab, etc., el hecho de que le dirijan oraciones, por más que esté fuera de toda duda que ese ser sea el primero de todos los héroes legendarios de los hotentotes. Por esta razón, la mayoría de los misioneros ha preferido no emplear para designar al Dios de los cristianos ese nombre que puede dar lugar á malas inteligencias.

Si examinamos las leyendas propiamente dichas de los hotentotes, se nos presenta, con caracteres verdaderamente notables, cierta agrupación de un número de ellas al rededor de una forma semi-mítica semi-fantástica, que es el gran hechicero Heitsi Eibib ó Kabib, de quien los namaquas especialmente cuentan algunas notables leyendas. Heitsi Eibib era un grande y famoso hechicero entre los hotentotes: sabía explicar misterios y profetizar el porvenir, y se presentaba bajo distintas formas, unas veces hermoso,

(1) Kollé, en su *Polyglotta africana* cita toda una serie de formas análogas para la palabra Dios; como Bayón: nikob; Kum: niekop; Balu: nyikoab; Momenya: niekuob.

muy hermoso, otras con el cabello cayéndole sobre la espalda, otras con el cabello muy corto: varias veces había muerto y siempre resucitaba, por cuya razón existían de él varios sepulcros, sobre los cuales los hotentotes, al pasar por delante de ellos, arrojaban muchas piedras para no experimentar ninguna desgracia. Algunas de las historias que de él se referían, pueden relacionarse con reminiscencias de las noticias recibidas de los misioneros: tal sucede con la narración según la cual en cierto viaje que hizo, seguido por un gran número de gentes de su pueblo, huyendo de la persecución del enemigo, llegó á un río que, por efecto de sus conjuros, se abrió dejándole paso á él y á los suyos, y volviéndose á cerrar cuando intentaron pasar por allí los perseguidores, todos los cuales perecieron en sus aguas. Otra historia que tiene un fondo sumamente antiguo y casi podríamos decir protohumano, dice así: «En un principio eran dos (seres): uno de ellos había practicado un hoyo grande en la tierra, y sentándose en él ordenaba á los que pasaban que le arrojaran una piedra á la frente. La piedra, sin embargo, volvía atrás y mataba al que la había arrojado, que se caía en el hoyo. Últimamente dióse cuenta de lo que ocurría á Heitsi Eibib, diciéndole que de esta suerte habían perecido muchos: éste se puso entonces en camino y llegó á donde estaba el hombre, el cual le pidió que le arrojara una piedra á la frente, á lo que aquél se negó porque era demasiado sabio para ello: entonces Heitsi llamó la atención de aquel hombre sobre algo que á su lado había, y mientras se volvía para verlo, dióle un golpe detrás de la oreja, de cuya consecuencia murió, cayendo en su propio hoyo. Después de esto, renació la paz y los hombres fueron felices.» ¿Quién no reconocerá en esto el rasgo fundamental de una concordancia con las narraciones por todo el mundo extendidas de las figuras de Edipo, de Sigifredo el matador de dragones y otras análogas de Fidschi y de la India? Merece también tenerse en cuenta la semejanza que existe entre aquella historia y el precepto cristiano «el que cava una fosa para otros cae en ella.» Hay otra leyenda muy extendida, según la cual Heitsi Eibib comió del fruto del árbol silvestre de los racimos (llamado *gobe*), y enfermó y murió á consecuencia de ello, prohibiendo en el momento de morir á sus adeptos que comiesen de aquel fruto para que no les resultara otro tanto: á esta prohibición añadió, empero, inmediatamente la promesa de que si morían, vivirían muriendo: más tarde se le encontró comiendo del mismo fruto de un árbol que estaba cerca de su tumba, y al tratar de volver apresuradamente á ésta para desaparecer en ella, cogiólo su hijo y lo condujo de nuevo al kral, en donde desde entonces vuelve á vivir Heitsi Eibib entre sus gentes. Heitsi Eibib debe también estar relacionado con la luna.

Una rama extraordinariamente fecunda de la literatura de narraciones hotentotes es la de las fábulas de animales que, en sorprendente armonía con nuestras fábulas de Reineke, describen y caricaturizan, ora de un modo ingenioso ora sin ninguna agudeza, los engaños de que hace el chacal víctimas al león y á otros animales, la pesadez del elefante, la astucia del babuino. A menudo pasan del lenguaje libre al métrico y algunas veces la moral de esas fábulas aparece al final en una máxima perfectamente neta. En muchas de ellas resalta una observación profunda y una sabiduría práctica. De sus mitos se desprende principalmente un sentimiento natural que no deja de tener un reflejo espiritual. Por vía de ejemplo, recordaremos que los hotentotes que habitaban cerca de las cataratas del Rey Jorge, del río Orange, contaron al descubridor de éstas, G. Thompson, que el ruido y la vista de las mismas eran tan espantosos que no

podían menos de verlas con horror, siendo muy contadas las veces que se atrevían á visitarlas. Los inseguros y terríficos movimientos de estas cataratas producían la impresión de que no podían sustraerse á las influencias del *genius loci*.

He aquí el ejemplo de sus fábulas de animales.

EL LEOPARDO Y EL CARNERO.

Al regresar un leopardo de la caza, llegó casualmente al kral de un carnero. El leopardo no había visto nunca carnero alguno y por esto se le acercó muy humildemente y le dijo: «¡Buenos días, amigo! ¿Cómo te llamas?» El carnero contestó con voz ronca, para lo cual se golpeó el pecho con las patas delanteras: «Soy un carnero, y tú ¿qué eres?» «Un leopardo» contestó el otro más muerto que vivo, dicho lo cual se despidió y se apresuró á regresar tan rápidamente como pudo á su guarida. En compañía del leopardo habitaba un chacal, al cual se acercó el leopardo diciéndole: «¡Amigo chacal!» Estoy casi sin aliento y medio muerto de miedo, pues acabo de ver á un mozo terrible con una cabeza grande y fuerte, que me ha dicho con ronca voz, al preguntarle por su nombre, «¡soy un carnero!»

«¡Eres un leopardo bien tonto! exclamó el chacal, ¡y has dejado escapar tan buen pedazo de carne! ¿cómo has obrado tan neciamente? Pero mañana iremos los dos y juntos nos lo comeremos.»

Al día siguiente, se encaminaron los dos al kral del carnero: mientras lo contemplaban desde una altura, éste, que había salido para respirar el aire fresco, los divisó y comprendió dónde le tocaba aquel día buscar la lechuga más sabrosa. En seguida se fué á su mujer y le dijo: «Temo que ha llegado nuestra última hora; el chacal y el leopardo vienen juntos hacia nosotros. ¿Qué haremos? «No tengas miedo, le contestó aquella, toma á nuestro hijo en brazos, salte con él á fuera y pellízcale para que grite como si tuviera hambre.»

El carnero obedeció y salió al encuentro de los dos aliados. Apenas el leopardo divisó al carnero, volvióse á apoderar de él un gran miedo y quiso volverse atrás; pero el chacal había tomado sus precauciones por si llegaba este caso, habiéndose atado al leopardo con una correa de cuero. «¡Anda, hombre!» le decía: en tanto, el carnero pellizcaba de lo lindo á su hijo y decía: «¡Muy bien, amigo chacal! Has hecho perfectamente en traer al leopardo para que nos le comamos» ¿oyes cómo mi hijo pide algo que comer?»

Cuando el leopardo escuchó tan terribles palabras, se apoderó de él un miedo cerval, y sin prestar oídos al chacal, que le decía que lo soltara, echó á correr arrastrándolo por montes y valles, por matorrales y rocas, y no se detuvo, y miró espantado á su alrededor, hasta que él y el medio muerto chacal llegaron á su guarida. Así se salvó el carnero.

Cuando los europeos llegaron por vez primera al país de los hotentotes la organización política de éstos consistía en la agrupación de un número de familias en un kral á cuyo frente se encontraba un caudillo, hereditario en los primogénitos, que venía á ser lo que más tarde se llamó capitán. Este, en su tarea como jefe y juez de su pueblo, estaba ayudado por los más ancianos é ilustres del mismo y tenía que cuidar, en unión de éstos, de que se siguieran los antiguos usos y costumbres y de castigar todo aquello que, á su juicio, fuese injusto. Además, muchas comunidades reconocían á un soberano hereditario común á quien llamaban Kouqui y al cual se le habían conferido, según parece, atribuciones en-